

SIMBIOSIS NATURAL

Dicen que cáncer significa cangrejo. Un tipo de crustáceo que puede vivir solo o metido en un caracol vacío, a este último bichejo se le conoce como cangrejo ermitaño. La concha de caracol es cuestión de vida o muerte para el cangrejo, pues parte de su cuerpo es blando y vulnerable; por si fuera poco, sobre la misma puede llevar una o varias anémonas defensoras, formando una simbiosis única en la naturaleza.

Algo de ese tamaño nos ocurrió a mi amigo Antonio y a mí, a raíz de saberse que padecía leucemia. Mientras él sufría los avatares de la enfermedad, yo me fui convirtiendo en su cáscara protectora. Así pasamos a residir en un territorio proceloso que Barbara Ehrenreich llamó en el año dos mil uno Cancerland.

Lo primero fue descubrir un tinte pálido grisáceo en su rostro, por salir poco a las calles de nuestra Villaviciosa a causa de estar cansado, mareado, y con unas décimas de fiebre que llevaba un tiempo arrastrando, decía él. Y así fueron pasando las semanas hasta que llegó el colapso, la ambulancia y el ingreso en el hospital de Oviedo.

Mi amigo vive solo, igual que yo, y soy su única persona de confianza, que para eso nos criamos juntos en el barrio, en una época en la cual los niños pasábamos las tardes en la calle hasta que nos mandaban entrar a cenar. Hicimos los mismos estudios, trabajamos en el mismo sitio y nos jubilamos por poco a la vez; una especie de vidas paralelas, una amistad de más que hermanos.

—No se lo digas a nadie, Merlucy —me llamaba así desde niña, siendo Mari Luz mi nombre real; lo mismo que yo a él le apodaba Atún—. Ya lo diré yo a algunos cuando se dé la ocasión.

Me convertí de esa forma en el caracol confidente de mi amigo, su alegre compañía en los buenos momentos de recuperación, y su paño de lágrimas para las horas bajas.

—A mi madre, ni palabra —era viuda y sufría Alzheimer—. A mi hermano, a ese menos todavía.

Su hermano estaba de ingeniero en Suiza y, por razones que nunca conocí claramente, no se trataba con su familia desde que emigró, incluso se decía en el barrio que se había cambiado el nombre para borrar todo rastro de españolidad.

El primer año de tratamiento de Atún fue duro, durísimo, transitando los altibajos de aquella montaña rusa, donde se alternaban los momentos de esperanza y mejoría con los bajones y los efectos indeseables de la quimioterapia. Ni que decir tiene, contamos con la ayuda impagable de la unidad de hematología, esas eficientes anémonas que aconsejaban, socorrían, consolaban y esperanzaban con el horizonte de una pronta recuperación.

Así fue, después de una primera tanda de tratamiento. Mejoró tanto que se permitió invitarme a un viajecito de los nuestros por la bella Italia, para volvernos locos a visitar monumentos, pues no en vano fuimos los dos, en nuestra etapa laboral, profesores de arte en el instituto de la villa. Sin embargo, el último día de nuestra visita a Venecia, Atún comenzó a encontrarse mal y, un poco después de llegar a nuestra ciudad, ya estábamos en el hospital recibiendo malas noticias.

Una recaída es una noticia pésima para el enfermo, y un reto para su caracol protector. Incluso los médicos se mostraron desconcertados, y comenzaron a emitir pronósticos malos. Aunque el peor de los escenarios vino cuando confirmaron que, en esa ocasión, el tratamiento no había funcionado y que no había otra esperanza que el trasplante de médula ósea. Hacía falta un donante, preferiblemente el familiar directo más cercano, para que ese procedimiento tuviera visos de éxito.

Para entonces, Atún estaba lleno de dolores, y medio adormecido con morfina para soportarlos, circunstancia que aprovechó el caracol para desembarazarse de su cangrejo y poner rumbo a Ginebra. Averiguar el nombre y dirección de ese hermano remoto fue difícil, me costó muchas indagaciones en el ambiente vecinal del barrio, pero no resultó imposible, palabra que no está en mi diccionario, igual que dice Bonaparte.

Un vuelo repentino, y me presenté en la puerta de Max, con el cual me costó bastante entenderme ya que él casi había olvidado el español. Vivía con su familia en un chalet muy hermoso, y se notaba a la legua que no le faltaba de nada. Me di cuenta de que tenía delante a otra anémona imprescindible, la cual debía engancharme encima para salvar a nuestro cangrejo ermitaño. En contraste con mis peores miedos, Max comprendió y reaccionó de un modo admirable e inesperado.

—Por mi hermano, lo que sea.

No me interesó para nada averiguar la causa de su pasado antagonismo. Lo maravilloso fue que, igual que tocados por una mano divina, emprendimos Max y yo el viaje a Asturias esa misma tarde; y, un par de días después, Max estaba donando médula para su hermano, el cual la recibió, a través de un catéter, cuando ya se le estaba escapando la vida entre los dedos. Atún ni siquiera llegó a enterarse de quién fue el donante que le salvó la vida.

Hace un tiempo de todo eso, y nuestra realidad ha cambiado para bien. Hoy en día el cangrejo ya salió de su caparazón y sus aliados simbióticos, que le fueron vitales en los peores tiempos, no le hacen falta. El caracol quedó olvidado en una arena de cualquier playa de Villaviciosa. Ni siquiera existe ya ese cangrejo llamado cáncer ni vivimos ahora en Cancerland.

Eso sí, Atún recibió un telefonazo de una anémona alpina hace poco.

—Me llamó un tal Max, apenas pude entenderle. Sería una confusión, un cruce de líneas —dijo mi amigo—. Merlucy, ¿sabes tú algo?

Sonreí entre mí y decidí que había llegado el momento.

—Escucha, Atún, ¿sabes tú algo del cangrejo ermitaño? —él negó con la cabeza—. Es una maravilla que demuestra que la naturaleza es muy sabia, ¡aunque no nos demos cuenta!